

Tiempo de Rocío

por Alga Marina Elizagaray

Todos los niños son poetas. La poesía en su acepción más amplia es el signo evidente de esa singular etapa que es la infancia. Luego los niños se despiden de ese trance poético, crecen. A veces no sucede el verano a esa prometedora primavera, sino el otoño más estremecedor, como en los versos de un gran poeta que ahora recordamos y, lamentablemente, *“Hay viento donde estuvo antes la rosa; en vez de dulce hierba hay lluvia fría; y nubes como ovejas se esparcen por los grises y abruptos cielos donde la alondra se cernía...”* (1). En cambio, si durante ese irrecuperable tiempo de vivir, de soñar y de llegar a ser, se pudo ayudar al potencial voltaje generador de sensibilidad, amor y afán de conocimiento presente en cualquier niño, entonces sí habremos anticipado al futuro hombre la certeza de su más plena realización personal, y habremos contribuido en cierta forma al luminoso surgimiento del verdadero *hombre nuevo*. No otra cosa será el niño que haya logrado madurar y hacer progresivas sus propias condiciones creadoras.

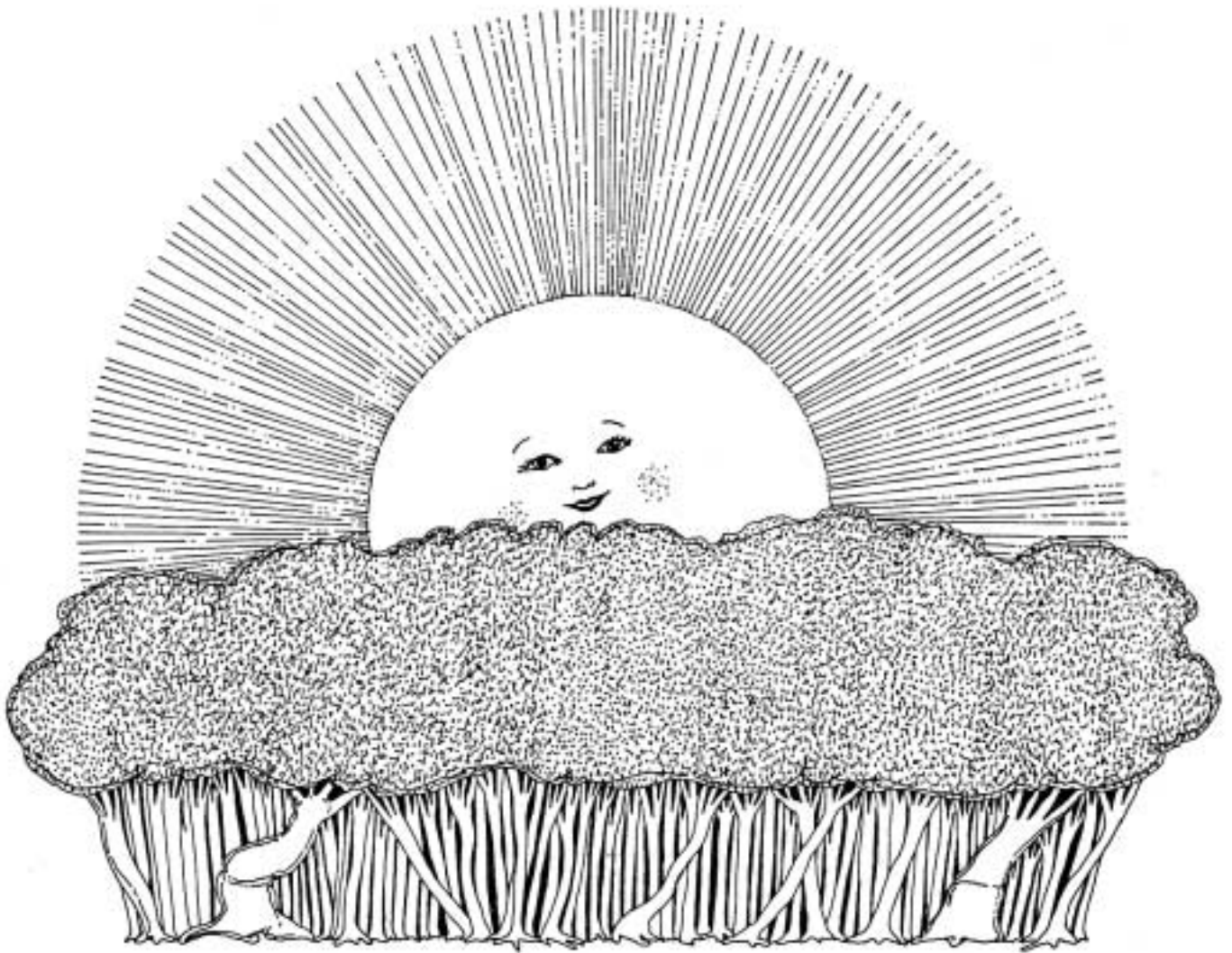
José Martí nos dejó valiosísimas enseñanzas en su lenguaje poético y en su ejemplo militante. De su vasta obra literaria no queremos dejar de citar una sencilla frase de indudable vigencia acerca de la condición humana: *“Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, y los que odian y deshacen”* (2).

La primera tarea de todos los que de alguna manera tengamos que ver con la formación de niños, es la de tratar de sumarlos al primer grupo. A menudo esto se logra o se pierde durante la infancia. La Literatura (con mayúsculas) puede ayudar eficazmente durante ese tránsito si en realidad se incorpora para siempre a sus vidas en su doble función de invención y vivencia.

Esa relación dialéctica tan rica en posibilidades como inexplorada, nos parece fundamental en este caso; por ello la hemos abordado como una experiencia novedosa y necesaria. En una literatura para los niños que aspire a ser de los niños, si algo nunca basta es la buena intención. Es imprescindible la calidad artística, el sentido ético adecuado a nuestros principios ideológicos y, por supuesto, siempre la condición de ser capaz de entretener y de despertar el más rotundo gusto por la lectura. Sin esas condiciones perderíamos al lector y a la obra inevitablemente.

Casi todos los niños escritores que aparecen en *Tiempo de rocío* estuvieron, por lo menos, durante el período de un curso escolar en contacto semanal o bimensual con nosotros, salvo contadísimas excepciones. Nos reuníamos para aprender y trabajar alegremente. El clima de las sesiones de esos círculos literarios siempre estuvo regulado por la camaradería, el vuelo imaginativo y la libertad creadora; de lo contrario no hubiera sido posible lograr trabajos de tal frescura —y a la vez—, de tanta aplicación y espontaneidad. Esos encuentros tenían un carácter balanceado: no eran exclusivamente una diversión; eran también sesiones de trabajo en las que se trataba de desarrollar el sentido de la responsabilidad, se rectificaban los errores en la ortografía y la redacción y se respetaba el estilo personal del niño. Se les pedía que fuesen originales y sinceros en primera y última instancia. Nunca hemos podido obligar a un niño a escribir acerca de algo que no desea o desconoce. Quizá ello se deba al hecho de que conocemos lo contraproducente que resultan las composiciones escolares de temática obligada. Sin embargo, desarrollábamos una metodología constante y disciplinada; teníamos un programa con autores que llegaba al niño a través de obras adecuadas a las necesidades de su edad. Así conocían autores nacionales, latinoamericanos y universales. Sus obras se leían y comentaban en forma sencilla y anecdótica. Posteriormente se pasaba al trabajo de taller, trabajo libre y silencioso, orientado al desarrollo de la expresión individual de los niños. Estos pasos permitían interesantes “descargas” emocionales e intelectuales que se plasmaban de inmediato en el papel.

(*) La profesora y escritora cubana Alga Marina Elizagaray es una de las máximas figuras de su país en la investigación y difusión de la literatura infantil. Directora de la Biblioteca Nacional “José Martí” así como del comité cubano del IBBY, han sido muchos los congresos, estudios y experiencias difusoras de la literatura para niños y jóvenes. De ello es muestra su taller literario con niños en la Biblioteca Nacional, sobre el que versan estas líneas, así como los textos elegido de sus alumnos.



Orientamos siempre grupos previamente seleccionados, pues no disponíamos de tiempo para hacerlo en un sentido masivo. Todos los niños incluidos fueron escogido por su interés en la lectura, sus condiciones para la creación literaria o por ambas motivaciones. Es evidente que algunos son brillantes y hasta excepcionalmente imaginativos o condicionados para la poesía, la ficción y hasta para el análisis literario. También demuestran una considerable lucidez ideológica infrecuente a sus edades; pero el asombro se explica cuando vemos que detrás de sus singulares condiciones personales están todas las posibilidades de acceso a la educación, la cultura y el libro dispuestas en una sociedad como la nuestra, convenientemente dotadas de editoriales, bibliotecas públicas y escolares, museos, escuelas y planes especiales, etc. Muchos niños como éstos se malograrían en otro contexto sociopolítico desfavorable, al faltarles las fuentes de acceso al desarrollo integral de sus individualidades. En nuestro país, como anticipadamente apuntó la frase martiana: *“Los niños nacen para ser felices”*

El origen de nuestra inquietud por este tipo de experiencias con niños aficionados a las letras nos llegó también por vía martiana —como tantas cosas—, releyendo *La Edad de Oro*. José Martí lanza desde el certero prólogo de esa incomparable revista esta precursora frase: *“Los niños saben más de lo que parece, y si les dijeran que escribiesen lo que saben, muy buenas cosas que escribirían”*. Quisimos solidarizarnos con el radiante mensaje de un gran maestro que dedicaba a los niños la miel de su esperanza.

NOTAS:

(1) Primera estrofa del poema *Otoño* de Walter de la Mare.

(2) Obras completas. Tomo IV, p. 513. Editorial Nacional de Cuba, 1963.

TIRTÍN

Para Alga, maestra de aprendices

Subía las anclas desde el puerto, dándole vueltas a una rueda grande.

Detrás de ella el Sol pestañeaba.

Así pasaba el día. Entre hierros viejos y máquinas achacosas, barcos que pitaban cerca y barcos que pitaban lejos.

Yo y mi rueda lenta, esperando la hora del crepúsculo. Ella para suspirar hondo y detenerse, yo para montar en mi balsa, darle la vuelta a la isla de enfrente y alejarme un poco, mar afuera, con Tirtín, que esperaba siempre a su mamá y a su hermana. En cada barco venían.

El viaje de ida era para hablar de aves: las cotorras, los pavos, las palomas... y de las flores. Imaginábamos especies en miniatura.

La vuelta era en silencio; como si nos invadiera un gran cansancio. Parecía que las aves perdían plumas y colores las flores.

Llegábamos al puerto y amarraba la balsa.

Tirtín se iba; todavía no sé a donde.

Era chiquita y no me daba temor que se fuera sola. Yo pensaba que Tirtín era un duende.

Así siempre: la rueda, la balsa, las aves y el silencio.

Yo era más grande que Tirtín. Si en embargo, éramos muy amigas.

Nadie más montaba la balsa. Además, las madres prohibían a mis otras amigas acompañarme. Decían que yo solía irme hasta tarde en la noche mar afuera, sin comer, sin bañarme ni hacer lo que hacen todas las demás personas...

No tenía amigas. Pero me bastaba con Tirtín. Además, ¿quiénes otros podrían alimentarse de los colores del mar, más que Tirtín y yo?

Porque en el corazón de algunos niños duermen jardines y nidos de pájaros, esperando que un rayo de Sol los despierte.

Se nos agotaron las especies de pájaros y flores y aún el barco no llegaba. Entonces ya no íbamos todas las tardes a la espera.

A veces, nos quedábamos en la isla de enfrente. Allí construimos un invernadero y una casa pajarera.

Una noche desperté con grandes deseos de ir hasta la isla.

Llegué al puerto y no encontré la balsa. Tuve que cruzar nadando.

Entré al invernadero, encendí el farol y, al fondo, dormida profundamente, esta Tirtín. Ella amaba la belleza, siendo tan pequeña.

Después de esa noche, no nos separábamos, nunca. Vivíamos en la isla de enfrente.

Una tarde llegó el barco. La mamá y la hermana. Tirtín las esperaba desde siempre y las quería desde el fondo de su alma. Aunque ellas no durmieran en el invernadero y les molestaran los pájaros. Yo sabía que Tirtín se iría pronto.

Y llegó la hora...

La hora en que Tirtín puso por delante la belleza y la poesía y pudo, no sin llorar, ver partir el último barco. Sabiendo que ya no habría más esperas.

Prefirió la belleza a todos. Además, no fue capaz de abandonarme. Ya nos queríamos mucho. Yo sólo tenía una amiga y ella también una.

Una amiga pequeña que vivía como yo de los pájaros y las flores. Que le bastaban los colores del mar para alimentarse.

Si alguien les dice: Yo soy un niño, pídanle una prueba. Y si le dice que es capaz de alimentarse de los colores del mar, créanselo, pues sólo un niño es capaz de eso.

Isabel Fernández Miranda

15 años, 8.º grado

MIS DOS CABEZAS

Yo tengo dos cabezas. Una buena como la de casi todo el mundo y una tonta, tan tonta que no se da cuenta de que es tonta, dejando ese trabajo a mi otra cabeza.

A veces, cuando me estoy peinando por la noche, me pongo a mirar las estrellas y me parece que ya estoy en una de ellas y que veo las nebulosas dando vueltas, cuando viene mi papá y me dice:

—María Elena, apúrate, que ya la mesa está puesta.

Entonces me doy cuenta que es mi cabeza tonta que domina a la buena y la arrastra hasta las mayores tonterías, que si alguien las analiza bien se da cuenta de que son absurdas.

¡Cuántas cosas, cuántos disparates se me ocurren, sobre todo en Matemáticas! Se rien de mí y el profesor dice que tengo la tendencia a inventar (disparates sobre todo) y yo maldigo mil veces a mi cabeza tonta.

¿Cuándo me desharé de ella?

María Elena Fiol

11 años, 6.º grado